
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

Sin sorpresas

No hubo sorpresas de bulto –de esas que obligarían a replantear, si acaso se hubiesen producido, todo cuanto venimos diciendo respecto de la estricta continuidad entre el gobierno del marido y el de la mujer– en el discurso de asunción de Cristina Fernández. Era lógico que así fuese en virtud de dos razones diferentes: por un lado, no era el momento más oportuno para delinear, con lujo de detalles, el derrotero que seguirá su gestión. El primer discurso lo es siempre de compromiso, genérico y ampuloso. Rico en expresiones y, de ordinario, falto de precisiones. Por otro lado, en más de una oportunidad la señora de Kirchner había dejado en claro hasta qué punto ella y, por lo tanto, el gobierno que comandará desde la Casa Rosada, son tributarios del proceso que inauguró su esposo en mayo del 2003. En eso no le ha mentado a la gente y hubiese sido ridículo que, justo en el acto en que tomaba posesión del cargo, viniese a sostener lo contrario de cuanto había adelantado tiempo atrás.

Tampoco hubo sorpresas de parte de la oposición y si algo conviene resaltar del heterogéneo conjunto de personalidades que pueblan la vereda de enfrente del kirchnerismo, es el testimonio de Mauricio Macri cuando, en su propia toma del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, el pasado día domingo, puso de manifiesto su afán de concentrarse pura y exclusivamente en la gestión. Si bien es el único de los dirigentes de primer nivel de la República que define así su futura administración –precisamente porque no viene de la política– el dato no es nuevo. A quien quisiera escucharlo

Mauricio Macri le informó, desde el mismo momento en que ganó cómodamente la segunda vuelta en la elección de la Capital Federal, que se veía a sí mismo como un administrador que llegaba para solucionarle a la gente problemas concretos. Esto que suena bien y tiene todo el sentido del mundo, requerirá, tarde o temprano, de una buena dosis de política. La gestión al frente del municipio resultará, sin duda, la condición necesaria del futuro político de Macri, pero la condición suficiente será siempre la política.

En cuanto a los grandes empresarios –parte de los cuales no podían faltar en los festejos de la asunción de Cristina Fernández de Kirchner– se comportaron como de costumbre. Algunos de los más obsecuentes, con buena llegada a Hugo Chavez, se reunieron a compartir con el “comandante” venezolano –como lo presentó el presidente del Banco Credicop, Carlos Heller, viejo afiliado al partido Comunista– un desayuno, no de trabajo precisamente, sino de adulación.

Como se aprecia, cada cual se movió en estos días conforme al manual que le es propio. Ninguno de los personajes señalados se salió del libreto y es lógico que así haya sido porque, salvo la formalidad del traspaso del mando, todo sigue igual. Decirlo así, suena a crítica velada en el sentido de que, después de cuatro años, algo debería cambiar según el parecer de mucha gente que confunde la realidad con los deseos.

En más de una oportunidad hemos dicho que si hay una conducta entendible es la del matrimonio Kirchner: por haber salido airoso en todos los desafíos a los cuales debió hacer frente, está enamorado de su éxito. Con esta particular coincidencia: que, delante de tamaño suceso, el resto de los actores políticos ha establecido una suerte de tregua en la cual los sindicalistas de Moyano amenazan pero, en definitiva, siempre arreglan a cambio de alguna prebenda; los empresarios –salvo contadas excepciones– aceptan órdenes sin decir esta boca es mía; los militares no tienen medios ni para desfilas; la gente de campo levanta la voz sin lograr que ninguno de sus reclamos sea atendido y el arco partidocrático opositor bascula entre el carácter testimonial de Elisa Carrió y la promesa de gestión aséptica de Mauricio Macri. Hasta la semana próxima.